



AL NÚMERO 370, Suplemento "Rev. de Letras" 27-09-1992 pág. 8

Apuntes

Al cumplirse un año de su muerte, Carlos Ruiz-Tagle habita en la gran memoria literaria de Chile.

por Delia Domínguez 21

COMO el resaca maldita que baja de la trampa por los cajones cordilleros, sacramentados las palabras, las impresas, las habladuras, las que entran en modo hace un año cuando Carlos Ruiz-Tagle, preparado, subió a tomar asiento en las alturas, llegas, siguen llegando sus escrituras de cuerpo presente, como si el cambio de mundo no hubiera sido un salto mortal hacia la eternidad, sino una salida más por la media puerta (puer-tectia) de su Museo Vicuña Mackenna, una salida al resaca para volver con más papeles, con antologías de pueblos chicos, con programas de brillo para los escritores de pantalón corto, de homenaje para los de pantalón largo, de recordaciones para los muertos. Una salida a la esquina, así no más, para fotocopiar historias novelescas o poesía de urgencia que le mandaban desde todas las talleres de Chile para su aprobación estética, rigurosa.

Y rigurosa de compromiso humano era su postura terrenal, su actitud mutualista en un campo donde por oficio y artificio suelen provocarse corridas de piso que hacen perder el pie hasta a los más pintados.

Pero él nunca perdió el pie ni el paso, su concepción purista de la literatura arraigada en la región más noble de la conciencia, su amor al pedregal como a sí mismo, se reflejaban en la encarnadura de la idea y en el desarrollo de su discurso lírico expresado en un estilo ajeno a cualquier ansiedad retórica, a sonoridades verbales para tocar de oído.

Cuando lanzó su libro *El Lloradero* (1989) señaló:

—Debo decir que siempre he interesado ante todas las cosas la naturalidad y el don de síntesis, la economía del lenguaje. Deseo decir más con menos palabras. Empecé a publicar entre 1962 al 63 cuando don Roque inventó «El Joven Laureli» en el Saint George, empecé a salir en letra de molde con José Miguel Balseiro, con Armando Uribe, Jaime Silva, Antonio Avaria, Hernán Montecalegre y Pablo Gutiérrez.

—Pero prefiero no sacar la cuenta... éste es mi décimo libro. Consta de un resumen apretado de mí mismo, creo que si lo aprieto más, grita o se pone a llorar.

Todo en Ruiz-Tagle es textual, auténtico, como las verdades petruñeces, como las promesas para los que saben leer en la clave invisible. Y si no, que lo diga Parra porque él lo declaró públicamente en Guadalajara, México, al empezar su magistral discurso de recibimiento del Premio Juan Rulfo:

—Mi amigo Carlos Ruiz-Tagle de Chile, el 30 de agosto de este año (91), dos semanas antes de morir me aconsejó lo siguiente: cuando vayas a México a recibir tu premio, habla de la muerte, póloles con ella y tómalas en son de risa, a los mejicanos les encanta el tema, Rulfo se va a dar vueltas en el estado y tú tendrás la gloria asegurada.

Eso fue —más o menos— lo que dijo Nickson esa noche, sobrecoigido por la iluminación de cerebro de Carlos, por esa suerte de advertencia mágica en la que ya andaba orillando su propia muerte.

Fui testigo presencial de esas conversaciones preparatorias entre el cuentista y el antipoeíta, del asombro mejicano deslumbrado ante tamaña coincidencia.

Y la otra vez, cuando junto a Isolda Pradel la viuda-musa de Oscar Castro, organicé una serie de mesas redondas en torno a la vida pasión y muerte del poeta rancagüino que titulé "Para que no me olvides", parafraseando naturalmente al autor, pero dejando muy establecido que estas actitudes de arte él las hacía para disminuir la ausencia, o sea, para que la muerte de Oscar Castro o la de otros creadores no fuera tan grande, tan definitiva. Así lea urgido, o no lea porque se sabía de memoria el "Para que no me olvides".

Y, a lo mejor, todos escriben (escribimos pretenciosos) para que nadie olvide. Pero Ruiz-Tagle es caso aparte. Escribió no sólo en primera persona, sino que usó de su pluma y sus talentos para declarar la altura de otros, para admirar con generosidad, para servir de vaso comunicante entre un leído grande y un no leído chico. Así fue como le basó la hebra a Los Antifrívulos publicado esta semana por Editorial Andrés Bello. Al respecto, cuando armaba los engranes de esta obra —en 1986— confesó:

—Estoy escribiendo, o mejor, empollando dos libros, uno con algo de memorias o retratos hablados de escritores y artistas como Alonso, Francisco Coloane, Niccator Parra, Juan Pablo Inguiero, Roque Esteban Scarpa, Ricardo Irarrásva, la Rosa Cruchaga y Eduardo Anguita, por nombrar algunos que tengo en lista; y otro que será novela larga contra mi voluntad porque no descanso hasta que ponga el hueso, contra mi voluntad porque no puedo saltarlo desde que lo encontré, y es el Diario de Espiritismo de doña Victoria Subercaseaux que apareció en el cajón de una cómoda de don Benjamín ferrallito en gobeño y todo, y que me pena todas las noches... las páginas se dan vuelta solas y yo ando enfermo de espiritismo porque doña Victoria parece que me está incluyendo en sus sesiones; claro que de repente se tapona con otros cuentos que me asaltan o con otros nombres de Antifrívulos... en fin, todo vendrá a su tiempo.

Y el tiempo llamado natural pasó a Carlos Ruiz-Tagle un poco antes de tiempo, lo pilló como nos va pillando a todos. Lo malo fue que él estaba en plena "postura", en otra dimensión más sagrada, no hablando de sí mismo como los menores que somos, sino ocupando su lenguaje en el reconocimiento de almas próximas tan necesarias a nuestro crecimiento humano. Y quién más crecido que Borges cuando habla de la inmortalidad lograda a través de la memoria colectiva, donde el sujeto permanece, donde no se puede morir.

Ahora Ruiz-Tagle habita en la gran memoria literaria de Chile, pero esa no es su única inmortalidad, tiene otra, la otorgada por obra y gracia de su Dios (nuestro) de cada día.

"Y por el buen conocimiento de los lectores hay dos tipos de soledad: la soledad sin Dios y la soledad con El. Quiero la segunda."

(Carlos Ruiz-Tagle)

Carlos Ruiz-Tagle a Tamaño Natural

Carlos Ruiz-Tagle en el Museo Nacional Vicuña Mackenna, el cual dedicó muchas horas de su vida.

Carlos Ruiz-Tagle a tamaño natural [artículo] Delia Domínguez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Domínguez, Delia, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Ruiz-Tagle a tamaño natural [artículo] Delia Domínguez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile